

# El amor realizado

**TÍTULO:** *Herida luminosa*  
**AUTORA:** Minerva Margarita Villarreal  
**EDITORIAL:** Conaculta  
**AÑO:** 2008



## 1. Intensidad poética

**E**n mi primera lectura de *Herida luminosa*, de Minerva Margarita Villarreal, me dejé llevar por la intensidad. Minerva trabaja mucho sus textos, los pule hasta dejarlos brillantes, intenta sacarles el alma para enseguida exponerla. Aquella versión, la primera que conocí, seguramente la centésima en la historia del texto, tenía eso: una intensidad desbordada.

La intensidad poética tiene sus singularidades. Se parece a la intensidad de la experiencia y sin embargo es de otra índole. La intensidad poética es lenguaje. Habita en las palabras. Lograr que las palabras digan algo que es propio del cuerpo requiere honestidad, experiencia en el manejo del lenguaje y una gran capacidad de riesgo.

Al inicio de su famoso ensayo sobre “El malestar en la cultura”, Freud hace referencia a este tipo de emoción (no sin antes aclarar que no logra descubrirla en él mismo) a partir de los comentarios de su amigo Romain Rolland a propósito de un ensayo que el propio Freud había escrito antes acerca de las religiones:

Habiéndole enviado yo mi pequeño trabajo que trata de la religión

como una ilusión, me respondió que compartía sin reserva mi juicio sobre la religión, pero lamentaba que yo no hubiera concedido su justo valor a la fuente última de la religiosidad. Ésta residiría, según su criterio, en un sentimiento particular que jamás habría dejado de percibir, que muchas personas le habrían confirmado y cuya existencia podría suponer en millones de seres humanos; un sentimiento que le agradaría designar “sensación de eternidad”; un sentimiento como de algo sin límites ni barreras, en cierto modo “oceánico”. [...] Sólo gracias a este sentimiento oceánico podría uno considerarse religioso, aunque se rechazara toda fe y toda ilusión.

He ahí la emoción a la que me enfrenté en mi lectura de aquella versión del poema. Y aunque para Freud esta emoción resulta “extraña” e “incongruente con la estructura de nuestra psicología”, la descripción de Romain Rolland me parece muy efectiva a la hora de aclarar de qué hablamos cuando nos referimos a la intensidad poética.

Pasaron muchos meses antes de que el poema estuviera listo para publicarse, meses en los que no fui testigo de su proceso de creación,

hasta el momento en que Minerva me invitó a presentarlo, para lo cual me envió una copia de su versión definitiva.

Para mi sorpresa, la emoción “oceánica” había perdido su arrebato desmedido. Había sido domada. ¿Qué se pierde y qué se gana cuando el o la poeta toma las riendas del poema?

Aunque he dedicado mi vida a escribir, el proceso de creación siempre me ha parecido un misterio. Una sabe que el texto está listo cuando está listo. Es una certeza que nunca he podido explicarme con claridad. No es que el resultado sea perfecto, pero una sabe que si continúa perfeccionándolo, muy posiblemente el texto perderá su alma, la cual, paradójicamente, se caracteriza por su toque de imperfección.

En el caso de *Herida luminosa*, y desde mi particularísimo punto de vista por supuesto, el poema perdió lo que dije antes: el arrebato desbordado, el desorden propio de este tipo de emociones sin fronteras, y ganó límites, claridad.

Escribir un orgasmo erótico o un éxtasis místico, que para el caso viene a resultar lo mismo, es, de por sí, una experiencia emocionante. El yo se funde con el todo hasta el grado en que la voz poética desaparece. Por otra parte, puede ocurrir que el lector no entienda nada en absoluto, pero sienta la intensidad. Con un poco de paciencia, el lector se pone a bucear en el sentimiento oceánico y se pierde él mismo. Esto, lo sabemos, aporta una enorme satisfacción y un gran placer. ¿Para qué domar el éxtasis, entonces?, ¿qué sentido tiene ponerle límites?

## 2. Las ventajas del domador

Un poema arrebatado tiene grandes posibilidades. Para empezar, hay que señalar que no cualquiera puede escribirlo. Se necesita, como dijimos antes, talento, honestidad, arrojo. Por otro lado, el poeta sabe que si logra crear un trance, un poema oceánico sin fronteras (valga la redundancia),

el texto correrá muy seguramente con la mejor de las suertes. Sin embargo, el o la poeta experimentada no se conforma con esto.

Poner límites es siempre doloroso. Significa, a fin de cuentas, una renuncia. No obstante, para un creador, dar forma es la tarea. Y en cuanto tal creador o creadora se decide a tomar las riendas del lenguaje y de la emoción, se hace presente lo contrario: un delicado, sutil, profundo placer. El placer estético.

En mi perspectiva personal en relación con *Herida luminosa*, al domar el arrebato oceánico, la poeta logró que se viera lo que había detrás: una historia de amor que logra decir el amor sin historia, el amor arquetípico en toda su imposibilidad, en su negación y su ausencia, en su presencia de palabras y, por lo tanto, en su posibilidad poética.

Cuando, como sucede en el caso de *Herida luminosa*, el o la poeta se contiene un paso antes del éxtasis, la voz poética es todavía una voz singular, y el deseo del yo, que aún no se fusiona con el todo en su realización efímera, es todavía el deseo del otro.

En *Herida luminosa* hay un yo en la frontera, una voz a punto de desaparecer y, también, hay otro en el límite (el amado), a punto de confundirse con Dios. Pero están ambos. Todavía. Y entonces se hace posible la realización del amor en el lenguaje.

## 3. El poema es el lugar de encuentro

*Herida luminosa* consiste en una serie de poemas que se van enlazando hasta conformar un solo poema extenso. A partir de los sonidos, la música, las imágenes relacionadas con la naturaleza: el parque con su árbol y sus hojarascas, las aves, el caballo, las nubes como lagos, el agua de la lluvia y la del mar, se va creando un ritmo que se eleva hacia el gozo y enseguida descende hasta el profundo dolor.

A su vez, el amado pasa constantemente de lo individual y lo específico (“Desatabas mis trenzas / Me llevabas al cielo con tu roce de uñas de mi cuello a la nuca...”) a lo inabarcable, lo múltiple, lo abierto (“...las cumbres y arrebatos de nieve de tus alas / los puntos que atraviesa tu vuelo / hacia el designio de mi útero / Porque la inmensidad penetra / y te repite en cada alumbramiento...”), en un constante fusionarse con el todo para enseguida regresar a la individualidad: “Un movimiento y otro lejos de Dios / Un movimiento hacia Dios”.

La voz poética busca al amado siguiendo un rastro, lo imagina, lo habita en la emoción y se deja habitar por él, enseguida lo pierde de nuevo. En su ausencia, el amado se hace presente por medio de la palabra, del sentimiento realizado en la palabra, de la imaginación a que la palabra da lugar: “Aún no estás / pero quiero pensar que estás / que estás en el lugar donde puedo encontrarte”.

¿Y cuál es ese lugar? Ya al inicio del poema, la voz poética sugiere que es en las palabras donde sucede el encuentro: “Estoy pensando que necesito sus ojos que sólo me ven cuando escribo”.

Así, en esta experiencia del cuerpo en su vinculación con la letra, el yo nombra lo que nunca alcanzará y que, paradójicamente, alcanza al nombrarlo. Ante lo imposible en el

amor, ante la falta, ese hueco que nunca se logrará colmar (“Por más que lo medite quedaré tajada”), el poema mismo se convierte en posibilidad.

Es ahí, en las palabras que nombran la herida, donde se realiza lo irrealizable: “Una voz que se eleva / es una esperanza / porque tu cuerpo como el amor existe / pero ha ido a otra parte / donde extrañamente conversamos”.

La posibilidad del amor reside, entonces, en el poema mismo. Y es en el vacío de la falta, de la ausencia, donde se instala la poesía, tomando su lugar. La herida tiene algo en su centro, en su hueco. En donde supondríamos que no hay nada, hay luz, luminosidad: esa luz de la herida es el poema, un lugar donde la ausencia se convierte en presencia y el amor, al fin, se realiza:

Si no fuera por la tibieza  
por esa humedad que baja hasta  
[mi vientre  
te aseguro que hubiera abandonado  
[este trayecto

en el que tú  
secretamente  
y a mitad de la noche  
en el que tú  
veladamente  
y sin jamás decirlo  
en el cuerpo desierto del amor  
me amas.

Dulce María González

